

servía una gran taza de caldo, un plato de fideo, y el famoso *puchero* á la española con todos sus *dimes* y *diretes*, y un gran trozo de carnero asado á la parrilla y sazonado con salsa *borra-cha*, y daba término con una segunda edicion de la sarten de los frijoles, rematando con una taza de café con aguardiente!

El, él, que á las cinco de la tarde se ponía de mal humor si no oía remolinear el molinillo y no percibía el olor del Caracas y de los bizcochos calientes!

El, el, que á las ocho hacía otra colacion de vino y soletas, y él, en fin, que á la *queda*, se aproximaba al comedor en busca del pollo asado, el *chile* con *queso* y otros antojillos que le dieran ánimo, porque la debilidad le acometía de una manera formidable.

Ese hombre estaba hidrofóbico, calenturiento, desesperado, y así como el tigre hambriento desciende á los valles cuando se siente acosado por el hambre, el clérigo en un arranque de ira, abrió la puerta, tendió la vista y encontrando que no había gente en la plaza ni en lo que se alcanzaba á ver de las calles adyacentes, se dirigió violentamente á su casa.

—Señora Fernanda! señora Fernanda! gritó el clérigo con una voz de mal humor reconocido.

—Ay padrecito de mi alma! dijo una viejita alta, de pelo entrecano, morena y de ojos grandes, ya creía que----

—Que creíais, señora Fernanda?

—Que le había pasado algo á su paternidad.

—No es nada lo del ojo, ¿y por qué llorais?

—Porque mi hijo Juan Piñon se ha ido con los revoltosos, con ese señor cura que ha hecho un tumulto tan fuerte; yo le decía á mi hijo, que es un mozo tan tentado del diablo: no te vayas, Juan, mira que se va á enojar el padrecito; pero el muy bribon me respondió: señora madre, tengo á todos los gachupines montados en las narices y me marchó donde solo vea indios.

—Excomulgado! gritó el padre Pontolongon.

—Ay padrecito de mi alma! estoy con el alma en un hilo.

CAPITULO VI.

EL ARGOS DE LA REVOLUCION.

I.

Avanzaban las horas con una lentitud terrible y desesperante para el infeliz clérigo Cipriano Pontolongon, que yacía encarcelado en la iglesia de Dolores en espera del sacristan que había puesto pies en polvorosa.

Eran ya las cinco de la tarde, y el infeliz no había probado una migaja, ni había llevado al belfo un gota de aguardiente.

El, él, que se levantaba con la aurora y despues de una misa de diez minutos tomaba una colacion modesta, de seis huevos pasados por agua, un gran pocillo de chocolate y una taza de atole, alternando con cucharadas de frijoles refritos en una sarten!

El, él que á las once ya se sentía con laxitud de estómago y se soplaba una docena de bizcochitos duros y rodeos, remojando su garganta con dos copas de licor!

El, él, que á la una en punto se sentaba á la mesa, donde se

—Pues debe ser un hilo muy grande, porque no sabemos lo que durará esta revuelta.

La viejita seguía hecha un mar de lágrimas por la suerte de su hijo, que en toda tela de verdad era un perdulario.

—Ha venido el sacristan?

—Sí, le entregué la mula y el dinero, además se llevó todo lo que encontró de valor, cargó hasta con el ramito con escudos que regalaron las monjitas de Quéretaro por aquel sermón tan bueno que dijo su paternidad.

—Y dónde está ese hombre?

—Ay padrecito! luego que se vió en la plaza, se fué gritando: ¡viva la *independencia!* y se marchó con Juan al tumulto.

—Esto es horrible, inicuo, infame, escandaloso!---- si lo llevo á pillar lo soplo al Santo Oficio.

—¿A mi hijo?

—No mujer, al diablo del sacristan---- Pero qué haceis que no me dais de comer? estoy que agonizo.

La señora Fernanda se entró en la cocina, y con aquellas manos que Dios le había dado, improvisó una comida succulenta y magnífica.

La señora Fernanda dió un ataque al gallinero, hizo cuatro víctimas, entre las que se contaba un gallo y un conejo, desplumó, desolló, frió é hizo cuanto puede ocurrírsele á una buena cocinera, y avisó al padre Pontolongon que todo estaba dispuesto.

Sentóse el clérigo con mas hambre que un náufrago y espabiló su pollo en cuatro dentelladas.

La señora Fernanda estaba admirada de la velocidad gastronómica del clérigo.

Al cuarto de hora el padre Pontolongon había fracturado hasta los huesos de pollos y conejo, y los platos parecían lunas de Venecia por lo limpios.

—Parece que estoy refocilado, ahora dadme un consejo, ya os escucho.

La señora Fernanda le dijo al clérigo:

—Señor, mas sabe el diablo por viejo que por diablo; marchaos del pueblo; porque si vuelven á entrar esos hombres, os cuelgan de la torre: mi hijo Juan me lo ha asegurado.

—Vuestro hijo es un bárbaro, y un presbiteriano, y un luterano, y un etcétera----

—Ay señor! eso de la etcétera es lo peor.

—Lo creo---- conquese me marchó y quedad al cuidado de la finca: escondedlo todo, recojedlo todo, libradlo todo del alcance de esos endemoniados.

—Así lo haré, padrecito.

—Y si se descuelga por aquí vuestro hijo Juan, decidle que *anatema sit.*

—Pierda cuidado su paternidad, yo le diré todas esas cosas.

—Haced que ensillen la mula.

—Cuál mula?

—Cual ha de ser! la mia.

—Ya le dije á su merced que el señor Crispin cargó con ella.

—Ella cargó con el señor Crispin, que es un macuteno, un foragido, un---- que me ensillen el caballo.

—Ay padrecito! su merced ya sabe que mi hijo Juan Piñon fué el que----

—Cargue el diablo con vos y con vuestro, hijo que es un bandolero! yo no estoy aquí para comprar caballos y que se los robe vuestro hijo Juan; mandádselo pedir, pero en el acto.

—Si al marcharse el muchacho dijo que así le gustaban, gordos y de buen paso.

—Por esas cualidades lo compré.

—No se afija su paternidad, el padre sacristan ha dejado á guardar dos caballitos muy regulares.

—Señora Fernanda, me habeis salvado, sois un ángel!

—Yo, señor?

—Sí, una mujer que me da esa noticia debe ser un ángel; yo montaré al que me parezca mejor, que al fin voy á servir á la religion.

—¿Va su paternidad á montar á los ángeles?

—No digais herejías, hablaba de los caballos del padre sacristan.

—Esa es otra cosa.

La señora Fernanda mandó al criado que ensillase y avisó al padre Pontolongon que podia emprender su camino.

Desde la azotea de la casa veia la señora Fernanda alejarse al padre Pontolongon por la ruta de la Villa de San Felipe y le echaba la bendicion con las dos manos.

II.

El padre Pontolongon se fué á refugiarse al obispado de Michoacan, presentándose á Abad y Queipo, que tenia deseo de saber los detalles del levantamiento.

—Dónde estabais esa noche? preguntó el obispo.

—Yo estaba ---- naturalmente ---- como ya eran las once, estaba durmiendo.

—Y os despertaria el rumor de los conjurados?

—Sí y nó, es decir, precisamente no supe nada hasta que oí llamar á misa mas temprano de lo regular ---- entónces me levanté para ir á la iglesia, cuando entró el sacristan y me avisó que el cura Hidalgo era jefe de los revoltosos; yo, señor, queria salir á combatir, pero no tenia á mano mas que la lanza de San Longinos y la espada de Santa Catarina ---- me encontraba solo; porque el sacristan estaba comprometido en la revolucion... ah! señor, se ha llevado la mula mas hermosa del pueblo; porque al grito de ---- perdóneme su señoría ilustrísima, yo no pronunciaré esa palabra ---- al grito de ---- se lanzó en pos del tumulto y la parroquia perdió dos personas, no, dos mulas, es decir, una mula y una persona; porque el señor Crispin es ya soldado de caballería á mis expensas.

—Y eso es todo lo que sabeis?

—Como su señoría ilustrísima comprenderá, es lo que mas me interesa.

—Bien, os necesito para que digais sermones en los pueblos, contra esa revolucion acaudillada por los impíos.

—Estoy dispuesto á lo que ordene su señoría ilustrísima.

—Por ahora id en persona á fijar la *excomunion* en las puertas de las iglesias, y exhortad á los fieles á que no se mezclen en la revolucion.

—Al instante, señor obispo.

—Volved, que tengo una idea.

—Tiene su señoría ilustrísima una idea?

—Sí, conociendo vuestro valor y vuestros sentimientos cristianos, os voy á fiar una mision de alta importancia.

—Deseo servir en cuanto pueda á su señoría.

—Os conozco, padre Pontolongon, y os aseguro que recibireis un premio digno á vuestros merecimientos.

El clérigo hizo una genuflexion tan pronunciada que estuvo á punto de tocar el suelo con las narices.

Besó el anillo del Pescador, y se marchó en seguida á fijar los edictos.

El pueblo comenzó á seguir al clérigo, que armado de papeles y una olla de engrudo, se paró en la puerta de la Catedral, y dijo un sermón plagado de barbaridades, concluyendo por leer la *excomunion* con voz estentórea y descomunal.

Las viejas, segun su antigua costumbre, lloraban á todo llorar, sobre todo cuando oian los latines del clérigo.

Las beatas admiraban la santidad del señor obispo y su sabiduría; pero la multitud comenzaba á poner en tela de duda los exorcismos y los anatemas de la Iglesia, porque veia á Hidalgo al frente de la revolucion, y el cura de Dolores era reputado por un sabio en todas las ciudades del interior.

El clérigo recorrió las iglesias de Valladolid con una peregrinacion de disparates que llevaban consigo el desprestigio.

—Hola! hola! decian algunos, es el antiguo maestro de apóstentos del colegio.

—Sí, sí, quien le habia de decir cuando bebiamos juntos en la casa de Lino el Mulato, que hoy manejaría el latin y echaría excomuniones?

—Estará atarantado con el aguardiente.

—Ya es hora.

—Y que feo se ha puesto!

—Es que siempre lo ha sido.

—Y como estira el labio inferior cuando maldice!

—Sí, echa chispas por los ojos.

—Y le suda la cabeza como á un marrano.

—En eso de saber no ha adelantado mucho.

—Ni poco.

—Y que sotana tan mugrienta!

—Es la misma de hace seis años.

—Y qué dicen esos papeles?

—Nada, que es un hereje el señor rector de San Nicolas.

—Eso no lo creen ni los niños.

—Y que todo el que se reuna con él está excomulgado.

—Y quién lo dice?

—El señor obispo.

—Ya!

Estas conversaciones se llevaban en voz alta, porque el pueblo de Valladolid era partidario del cura Hidalgo.

La multitud acabó por burlarse del padre Pontolongon, y luego que cerró la noche, los edictos desaparecieron de las puertas de la iglesia, y esto hizo comprender al obispo que estaba pisando fuego.

III.

El padre Pontolongon regresó al palacio episcopal muy fatigado.

—Ilustrísimo señor, todo ha salido á pedir de boca, la Iglesia y el gobierno de su magestad, cuentan con esta cristianísima poblacion; ¡qué llanto! ¡qué lágrimas! ¡qué imprecaciones á los revoltosos!

—Bien, bien, os voy á comunicar mi pensamiento.

—Si viera su señoría ilustrísima el efecto que ha hecho el edicto en las mujeres, oh! ese espectáculo es verdaderamente patético! estuve á punto de entermecerme: he predicado muchos sermones en cuaresma y nunca tuve un auditorio tan escojido, esa idea de la---- ya he dicho á su señoría que no pronunciaré nunca la palabra *independencia*.

—Os decia, señor Pontolongon-----

—Continúo con permiso de su señoría: todas las devotas y devotos me rodearon y bendecian al señor obispo porque no consiente en que se estravie el sentimiento religioso; todos exclamaban cou una emocion católica: ¡bendito sea el señor Abad y Queipo! bendito sea el señor obispo de Valladolid!

—Basta, basta, dijo el obispo, fastidiado de las majaderias del clérigo.

—No basta, ilustrísimo señor, no basta, porque ningun elogio es suficiente para tributarlo á nuestro distinguido prelado, y yo seré el primero en publicar en todas partes y por los cuatro vientos que sois un santo!

—Os mando que me escucheis.

—Soy todo de su señoría ilustrísima.

—Es necesario que finjais ser insurgente y-----

—Dios mio! exclamó el padre Pontolongon.

—No os asustéis, que no llegarán las censuras á vuestra persona.

—No comprendo.

—Os presentareis á Hidalgo, os filiareis entre sus soldados y dareis cuenta de todos sus pasos.

—Y si me aprehenden las fuerzas del rey?

—Os daré un salvo-conducto.

—Y si me lo atrapan las fuerzas de Hidalgo?

—Sois un majadero.

—Así lo creo, ilustrísimo señor, pero cuando se juega el pescuezo, se tiene doble vista.

—A nadie se ocurrirá el que estais de acuerdo con nosotros.

—No sería una ocurrencia que me hiciera mucha gracia que digamos.

—Sois católico?

—Sí, por la gracia de ----

—Bien, pues entónces estais obligado á todo.

—No me rehusó, tomo precauciones; porque cuando uno arriesga el pescuezo ----

—Basta y retiraos, dijo con aspereza el obispo, no os necesito.

—Perdonadme, ilustrísimo señor; yo os lo ruego, mandad y estoy pronto á obedecer.

—Decia que conviene á nuestros intereses y los del rey que os mezcleis entre esas turbas y nos pongais al tanto de sus movimientos; finjid valor, y desden por nosotros, y ----

—Ya comprendo, tomaré una espada, me quitaré los hábitos, me echaré á las cejas un sombrero paisano, fumaré un gran puro, montaré en un caballo que su señoría ilustrísima me va á regalar y estaré hecho un insurgente.

—Ya vais comprendiendo.

—Escupiré de lado, seré maldiciente, recibiré mi propina y....

—Ya sabeis lo demas.

—Por última vez, señor obispo, y perdonad: cuando á uno le va el pescuezo ----

—Que quereis?

—Qué pongais una circular á las autoridades por si caigo en el garlito.

—La pondré, dijo el obispo, resuelto á no hacer tal tontería porque estaba convencido de que en todas partes habia agentes de la revolucion.

—Tomad el caballo que mas os acomode, llevareis veinte onzas para el camino, se os dará el salvo-conducto que necesitais ----

—Dadme vuestra absolucion por si me mataren antes de presentar el salvo-conducto; porque cuando uno arriesga el pescuezo ----

—Yo os absuelvo, y marchad; Hidalgo está sobre Guanajuato.

—No está muy distante.

—Aprovechad todas las oportunidades, un aviso á tiempo puede salvar de un desastre á la nacion, ya lo comprendeis.

—Sí, ilustrísimo señor, y permitidme otra bondad.

—Decid.

—Me llevaré dos caballos, así estaré mas espedito para correr; porque cuando uno arriesga el pescuezo ----

—Haced lo que os parezca.

—Quede con Dios su señoría.

—El os acompañe, padre Pontolongon.

—Está visto, dijo el clérigo cuando salió del obispado, que estoy en el mundo para servir de sombra al rector de san Nicolás.

A la mañana siguiente, el padre Pontolongon se dirigia á Guanajuato, á cuyas puertas tocaba Hidalgo con la empuñadura de su espada.